

## HOJAS DE OTOÑO

\* \*

¡Quizás os referiré en otra ocasión cuántos cuidados, cuántas solicitudes, cuánto cariño, prodigados para sostener mi vida, sentenciada a muerte desde mi nacimiento, me hicieron ser dos veces el hijo de mi querida madre!...

\* \*

El amor maternal es el amor que nadie puede echar en olvido; es el pan maravilloso que un Dios reparte y multiplica; es la mesa preparada siempre en el hogar paterno: cada uno tiene en ella su parte y al mismo tiempo la ocupa toda entera.

\* \*

Os referiré un día, cuando la dudosa noche impulse a hablar a mi vejez charladora, cómo el destino de gloria y de terror, que hizo que el emperador remo-

### I

¡Había cumplido el siglo dos años; Roma reemplazaba a Esparta, y ya en Bonaparte apuntaba un Napoleón; que en el primer cónsul, la frente del emperador rompía ya la máscara, que le venía estrecha. Entonces en Besancon, antigua ciudad española, nació, hijo a la vez de sangre bretona y de sangre loresesa, un niño pálido, enteco y débil. Abandonado de todos, menos de aquella que le dió el ser, su cuello se doblaba como frágil caña, por lo que su madre le hizo construir al mismo tiempo la cuna y el ataúd. Ese niño, que naturalmente debía borrarse del libro de la vida, porque no ofrecía esperanzas de ver el sol del día siguiente, ese niño era yo.

viése el mundo todo, me arras-  
tró con su soplo tempestuoso y  
entregó mi infancia a todos los  
vientos; porque cuando el aquilón  
bate las olas palpitantes del Océa-  
no, éste zarandea al mismo tiem-  
po al colosal navío de tres puen-  
tes que a la hojá de los árboles  
de la playa que, arrastrada por  
él, rueda hasta el mar.

\* \*

Ahora, joven todavía y ya expe-  
rimentado, llevo grabados pro-  
fundamente en mí algunos recuer-  
dos, y puede comprenderse que  
he sufrido mucho al ver los plie-  
gues que en mi frente trazaron mis  
pensamientos. Quizás más de un  
anciano palidecería si pudiese pe-  
netrar, como en un abismo, entre  
las olas que agitaron mi alma, en  
la que mi pensamiento vive. Vería  
lo que sufrí, vería lo que intenté,  
vería lo que me mintió, y se con-  
vencería de que en mi tierna edad,  
en la que el porvenir me debía son-  
reír, el libro de mi corazón tiene  
escritas ya todas sus páginas.

\* \*

Si algunas veces se escapan de  
mi cerebro los pensamientos y se  
dispersan por el mundo mis can-  
ciones; si me place ocultar el  
amor y el dolor bajo los velos de  
una novela irónica y burlona; si  
conmuevo el teatro con mi fan-  
tasia; si he chocado ante los ojos  
de la muchedumbre con hombres

vivos como ella, hombres que yo  
creo que hablan al pueblo con  
mi propia voz; si mi cabeza, foco  
que ilumina mi espíritu, arroja  
de sí versos que hierven y humean  
en el ritmo profundo, molde mis-  
terioso del que sale la estrofa  
abriendo sus alas en el espacio, es  
que el amor, la tumba, la gloria,  
la vida, la ola que huye perseguida  
por otra ola, todos los alientos,  
todos los rayos, propicios o fata-  
les, hacen relucir y vibrar mi  
alma de cristal, mi alma que tiene  
mil voces, mi alma que Dios puso  
en el centro de todo, como un eco  
sonoro.

\* \*

Pero pasé sin mancharme por  
los días infaustos, y sé de dónde  
vengo si ignoro a dónde voy. El  
huracán de los partidos, con sus  
vientos de fuego, sin alterar las  
olas, ha removido mi alma. Nada  
inmundo quedó en mi corazón; no  
hay en él limo impuro que aguar-  
de el soplo de un viento para em-  
pañar su transparencia.

\* \*

Después de entonar mis cán-  
ticos, oigo y contemplo al empe-  
ñador caído, levantándole un tem-  
plo en la obscuridad. Amo a la  
libertad por sus frutos y por sus  
flores, al trono por su derecho,  
al rey por sus desgracias, fiel  
siempre a la sangre que han infil-  
trado en mis venas, mi padre

que era un veterano, y mi madre,  
que era una vendedora.

Junio de 1830

A M. LUIS B.

Lyrnessi domus alta, solo Laurentis  
sepulcrum.

VIRGILIO.

\* \*

Luis, cuando en uno de vues-  
tros viajes vayáis a visitar a Bur-  
deos, a Pau, a Bayona y sus de-  
liciosas playas, a Tolosa la romana  
en la que en días más venturosos,  
siendo niño, saqué la poesía de sus  
flores, pasad por Blois.—Cuando  
lleguéis allí, dejad en casa a  
vuestros compañeros de expedi-  
ción, y mientras que se quedan  
jugando, hablando o durmiendo,  
acompañado sólo de vuestro libre  
pensamiento, atravesando a Blois  
subid la escalera de calles jamás  
inundada por el Loira en tiempo  
de avenidas; dejad a un lado el  
castillo, aunque es sombrío y  
poderoso, aunque conserva en la  
fachada una mancha de sangre;  
admirad al pasar su torre octó-  
gona, pero pasad. Y saliendo  
de la ciudad, hacia el Mediodía,  
buscad un montecillo verde, cir-  
cular, que sufre la carga de un  
árbol grande, de igual manera que  
la cimera de un casco soporta mo-  
vediza pluma. Lo encontraréis,

porque indudablemente lo habréis  
visto de lejos antes de llegar allí.  
Subid al montecillo, desde el cual  
distinguiréis en la llanura la ciu-  
dad escalonada en forma de anfi-  
teatro; la iglesia, con el Loira,  
por el que cruzan barcos; con sus  
mil archipiélagos, movedizos co-  
mo sus olas, y más abajo veréis  
a Chambord con sus cien torreci-  
llas. No levantéis los ojos al cielo  
y mirad a vuestros pies

Luis, la casa que desde allí se  
divisa, que tiene paredes de piedra  
con techos de pizarra, blanca y  
cuadrada, situada en la falda de  
la verde colina y que, oculta  
apenas a las miradas curiosas, se  
destaca pintorescamente entre  
dos vergeles, encierra grandes re-  
cuerdos para mí. Contempladla,  
que esa casa perteneció a mi pa-  
dre. En ella se retiró cuando puso  
fin a la guerra aquel a quien tan-  
tas veces os he nombrado en mis  
versos, a quien vos no conocisteis  
y que hubierais querido si le  
hubieseis tratado

\* \*

Contemplando esa casa, amigo  
mío, recordad a vuestra madre  
y a vuestra hermana y pensad:—  
«Mi amigo no volverá ya a ver en  
ella dormido a su anciano padre!  
Perdió la santa defensa que pro-  
tege la vida hasta más allá de la  
niñez; perdió al prudente piloto

que ofrece su experiencia al joven marinero para dominar las tempestades. De su padre muerto sólo le queda el augusto recuerdo: ya no coronará su gloria con su vejez; ya no oirá de sus labios el relato de sus batallas, ya no acariciará sus cabellos blancos con manos infantiles; ya no estará orgulloso de dar a conocer a la muchedumbre a su padre, el venerable veterano, el antiguo general; ya está desierto ese hogar, en el que el padre se estremecía regocijado cuando el perro fiel con sus alegres ladridos le anunciaba que volvía su hijo a la casa paterna.

\* \*

»Cayó el gran árbol que estaba solo en el valle, y en adelante el arbusto sufrirá desnudo la furia del aquilón. Cuando desaparece el abuelo del seno de la familia, el grupo de huérfanos, que componen la madre, el niño y la doncella, se estrecha más alrededor del padre, que ocupa desde entonces el sitio del abuelo. Se abrigan a su sombra, contra los ardores del sol y contra las inclemencias de la lluvia y se apoyan en su tronco. A él le corresponde vigilarles, enseñarles, sufrir, trabajar por todos y sacrificarse; pronto, a su ancianidad desenderá la prudencia, sus años desaparecerán sucesivamente, robándole la alegría y el amor, los sueños

de gloria y de grandeza, y disipados los sueños dorados de la esperanza, no le quedará otra ilusión que la del trabajo. La espigadora que recorre los barbechos para llenar el cesto de espigas, se quita los vestidos de los días de fiesta y los cuelga de un arbusto; pero por la tarde, de las ramas del arbusto recoge esos vestidos, y cantando regocijada volverá a su casa, hermosa y bien vestida; pero en el valle de lágrimas de la vida no halla nunca el hombre en la tarde de su existencia el arbusto verde donde encuentre colgados la esperanza, la ilusión, la inocencia y el amor de que se ha desprendido.

\* \*

»Tiene que continuar la tarea emprendida, mientras que su familia, estrechada a su alrededor, sobre su frente, en la que los años imprimirán la huella de sus pasos, verá caer y amontonarse sin cesar la nieve de los días, que blanquea nuestra cabeza.

\* \*

»Del veterano de tantas guerras hoy no le queda a su hijo, mudo y resignado, sino una tumba vacía y esa casa blanca y cuadrada, que se distingue al pie de la colina y que conserva el perfume de la cariñosa hospitalidad.

\* \*

»Al menos hubiera poseído en París un sepulcro de piedra o de pórfido; las tumbas de las águilas del imperio están allí; allí reposan dos antiguos generales que murieron en el día de la victoria, como los antiguos héroes, o que, echando quizás de menos los cañones y las bombas, murieron en ese otro campo de batalla que es la tribuna; sus hijos colocaron juntas las cenizas de unos y de otros, con la idea quizá de que éstos pudiesen conversar en el otro mundo con aquellos que fueron sus compañeros de armas.

\* \*

»Esa casa de Blois, risueña, aunque enlutada, pequeña y elegante, con hiedra en el umbral de la puerta, consigue que el viajero la contemple como delicioso retiro para descansar de la vida; ¡tan frescos colores pintan su fachada nueva! ¡tan cercada está de árboles verdes y de flores! ¡Casa y sepulcro! ¡Ay! Para encontrar los restos del padre que desapareció en la sombría y eterna noche, ¿dónde ha de dirigir su hijo los inciertos pasos?... ¡Solitaria casa, tú no encierras sus mortales despojos; tumba, tú tampoco posees su cadáver!»

Junio de 1830.

## III

SUEÑO DE UN TRANSEUNTE A  
PROPÓSITO DE UN REY

*Præbete aures, vos qui continetis multitudines et placetis vobis in turbis nationum, quoniam non custodistis legem justitiæ, neque secundum voluntatem Dei ambulastis.*

SAP. VI.

El otro día, carrozas y caballos moviendo gran estrépito, llevaban al rey de Nápoles vestido de rigurosa gala a la corte. Yo me hallaba en el Carrousel, confundido con la multitud, que fluía incesantemente por sus tres portillos, y que es capaz de atravesarlos cuatrocientas veces cada año para ver pasar a un príncipe o para ir a mirar la hora en el cuadrante. Seguía yo lentamente a la multitud, pensando que vivía aún en el mundo el hijo primogénito del antiguo pueblo romano, que en día memorable arrancó del suelo las torres de la Bastilla. Me paré; el suizo había cerrado la verja de hierro. Redoblaban los tambores, y entre aclamaciones pasaba cada uno de los coches, tirado por ocho caballos. Los sonos de las músicas llenaban los anchos patios del palacio, llenos de oficiales que erguan la cabeza empenachada. y los bravos corce-

les pasaban sin asombrarse, orgullosos de ver que ante ellos se inclinaban las banderas. Fijándose en aquella tumultuosa algazara, una vieja andrajosa, que llevaba un cesto colgado de su brazo, decía en voz alta:—«¡Un rey! ¡He visto tantos reyes en la época del emperador!...»

\* \*

Entonces acudieron a mi imaginación las carrozas doradas, la lujosa corte imperial con sus rojas libreas, y mientras pasaba ante mí cien veces el pueblo inquieto y vocinglero, me quedé pensativo, recordando otros tiempos pasados. La vieja se marchó hacia la plaza de la Greve, prosiguiendo su camino, y me dejó meditabundo, como cuando el pájaro, al abandonar el bosque, deja temblorosa la rama donde antes se posó.

\* \*

¡Oh! exclamé, extendiendo la mano sobre mi frente; filosofía, has descendido hasta el pueblo, y los pequeños dirigen a los grandes altivas miradas; el pueblo ha llegado hasta ti; llegó tarde, pero llegó. Sabe ya despreciar; nada le causa admiración, ni ama, ni teme; sabe sobre todo pronunciar austeros juicios. Se dirige muchas veces a sí propio, estas preguntas:—«¿Cómo se gobierna el mundo?

¿Qué hacen los reyes? ¿Por qué ocupan el trono? ¿Por qué destierran?» Medita en la actualidad como un juez supremo; lo comprende todo, y se cree bastante fuerte para castigar y para absolver el pueblo, a quien destierran y que permite reinar a los reyes. La corte viste de gala, mientras que debajo de ella, como bajo el buque que se balancea en el Océano el mar se mueve incesantemente, el pueblo ruge, el pueblo del que las miradas de ningún rey puede sondear el fondo.

\* \*

La demencia y la traición dicen sin cesar:—«¡Oh reyes! confiad vuestra tarea al sinnúmero de brazos ilustres que sostienen vuestros pasos. Dormid; no estudiéis nada, ni meditéis nunca; temed que vuestra frente, rodeada de mágico prestigio, al ensancharse haga saltar la corona.»

\* \*

Yo digo lo contrario:—¡Oh reyes! velad, velad y gobernad lealmente: no nos quitéis los derechos que hemos adquirido; no tiréis demasiado de la brida rebelde, que conseguiréis que se encabrite la libertad que os sostiene; sed de nuestra época y seguid los consejos leales; tratad de ser grandes, ya que ha crecido el pueblo. Oíd en lontananza ese murmullo,

que se oye de vez en cuando y que crece sin medida a cada momento; lo produce el pueblo que viene; es la marea alta que sube sin cesar, atraída por su planeta. Cada siglo a su vez, sea de hierro o de oro, se sumerge en el mar, como un cabo sobre el que saltan las olas, con sus leyes, sus costumbres y sus monumentos; todo eso desaparece para siempre en el fondo de un Océano que no tiene reflujos. ¡Desgraciado de aquel que por la tarde se queda retrasado en la playa, y no pregunta al pescador que huye en su barca por qué se oye en el espacio tan confuso ruido! ¡Reyes, daos prisa a entrar a convivir con el siglo actual y a abandonar las antiguas playas!... Dejad sitio bastante al mar de la moderna multitud, porque sino pereceréis sumergidos en el oleaje en que se hundió el siglo pasado.

\* \*

De este modo las palabras de la anciana que pasó removieron mis pensamientos en el fondo de mi cerebro. Estaba en ellos completamente absorbido, cuando un soldado, que estaba en su punto de centinela, me dijo en voz alta:—¡Compañero, ya se ha puesto el sol!

18 de mayo de 1830.

#### IV

De todo, nada. De todos, nadie.  
CALDERÓN.

¿Qué te importa, corazón mío el nacimiento de los reyes, ni la victorias que obligan a que se volteen las campanas y atruenen el espacio los cañones, ni glorificar al Señor con cultos pomposos, ni ver de noche, en las ciudades despiertas, brillantes iluminaciones?

\* \*

Aparta de la tierra tus miradas y fijalas sólo en la grandeza de Dios. En el mundo todo es vanidad; la gloria desaparece con rápido vuelo; las coronas, las mitras de oro brillan, pero duran no más que un instante; no valen más que la hebra de hierba que Dios ha creado para que la golondrina construya su nido.

\* \*

Cuanto mayor es la grandeza humana, más pronto se extingue, la bomba alcanza antes al obelisco gigante que a la humilde torrecilla donde se abrigan las palomas. Siempre por medio de la muerte Dios se une a los reyes; la dorada

corona tiene por remate su cruz,  
y su templo esta embaldosado  
con sus tumbas.

\* \* \*

Ni la altura de las torres, ni el esplendor de los palacios del mundo, ni Napoleón, ni César, ni Mahoma, ni Pericles, nada hay que no caiga, nada hay que no se hunda en el misterioso abismo que confunde al espíritu: a pocos pies debajo de la superficie de la tierra reina el silencio más profundo; sólo en el exterior suenan el ruido y el estruendo.

30 de junio de 1830

V

LO QUE SE OYE EN LO ALTO DE  
LA MONTAÑA

Oh altitud!

¿Habéis subido alguna vez silenciosamente a la cumbre de un monte para ver el cielo más de cerca? ¿En las playas del Sund o en las costas de la Bretaña? ¿Habéis tenido alguna vez el Océano al pie de alguna montaña, y en la cima, en medio de la inmensidad, inclinado hacia las olas, os habéis puesto a escuchar?

Os diré lo que desde allí se oye. —Al menos, un día que, soñoliento, mi pensamiento tendió su vuelo por una playa, y desde la cumbre de un monte, cuyo pie se sumergía en el golfo amargo, vió a un lado la tierra y al otro el mar, escuchaba yo, y oí; y jamás voz semejante salió de ninguna boca, ni conmovió tanto el oído de nadie.

\* \* \*

Primero oí un ruido, confuso, inmenso, más vago que el viento que pasa por entre árboles espesos, lleno de armonías brillantes, de suaves murmullos, delicioso como un canto que se oye de noche, fuerte como el choque de las armaduras cuando la pelea estrecha los escuadrones y sopla furiosa en la boca de los clarines. Era ese ruido semejante a una música inefable, que fluída oscilaba sin cesar alrededor del mundo, y que en los vastos horizontes, en sus olas sonoras, rodaba ensanchando sus órbitas infinitas hasta el fondo, en el que su flujo iba a perderse en la obscuridad junto con el tiempo, el espacio, la forma y el número. Como otra nueva atmósfera esparcida y desbordada, el himno eterno inundaba todo el globo: el mundo, envuelto en esta sinfonía, como vuela en los aires, corría por en medio de esta

concierto. Pensativo oía yo esas arpas etéreas.

\* \* \*

Pronto distinguí, confusas y veladas, dos voces en ese solo rumor, mezcladas una con otra, desde la tierra y desde el mar, extendiéndose hasta el cielo, que entonaban a un tiempo el canto universal; y distinguía una de otra, como se diferencian dos corrientes que se cruzan bajo las olas.

\* \* \*

Una venía de los mares, entonando un himno de gloria; era la voz de las olas, que se hablan unas a otras; la otra se elevaba de la tierra en que vivimos, y era triste: era el murmullo humano, y en el gran concierto que suena noche y día, cada ola tenía su voz y cada hombre producía su ruido.

\* \* \*

Como acabo de decir, el Océano tranquilo esparcía su voz alegre, y cantaba como un arpa en el templo de Sión, celebrando la hermosura de la naturaleza. Su clamor, arrastrado por las ráfagas del viento, ascendía sin cesar triunfalmente hasta la presencia de Dios, y cuando una de las olas, que él sólo puede domar, caía y quedaba silenciosa, otra se le-

vantaba para cantar a su vez. Como el bíblico león amansado por Daniel, el Océano, durante algunos momentos, bajó el diapason de su voz alta, y yo creía, en la encendida puesta del sol, ver pasar la mano de Dios por la melena de oro que se movía sobre el agitado mar.

\* \* \*

Y al mismo tiempo, como haciendo contraste con esa augusta música, la otra voz, semejante al grito de un corcel, que se asusta, clamaba, como el gozne enmohecido de la puerta del infierno, y se oían lloros, gritos, injurias, anatemas y maldiciones entre el rugido tonante del rumor humano, como al llegar la noche se ven pasar a bandadas por los valles las aves de rapiña. ¿Qué era ese tumulto, en el que vibraban mil ecos? Era el grito de dolor del mundo y del hombre que lloraban. Esas dos voces extrañas e inauditas, que renacían sin cesar y que sin cesar se desvanecían, que oye el Eterno durante toda la eternidad, tienen un nombre: una de ellas se llama *Naturaleza* y la otra *Humanidad*.

\* \* \*

Entonces medité, y mi espíritu jamás desplegó tanto sus alas; en mi sombra jamás había columbrado tanta luz; y medité por largo tiempo, contemplando alter-